

# ROSAURA DEL GUANTE.



## PRIMERA PARTE

*de los amorosos lances y particulares sucesos que acaecieron á Rosaura y á su amante D. Antonio de Narvaez, natural de Córdoba.*

**A** olvidar vanas memorias,  
á divertir pensamientos,  
á dar principio á mis ansias  
(esto es verdad y lo cierto)  
salí, pues, una mañana,  
cuando abril de flores lleno  
consuela con sus fragancias

los valles, montes y cerros.  
Alegre me divertía  
en la maleza y silencio,  
dándole vista á unos montes,  
donde pasa un arroyuelo,  
que en derretidos cristales  
sirve una selva de espejo,

y mirando á sus corrientes  
 en una sombra me siento;  
 y al cabo de breve rato  
 que estaba sentado, veo  
 que bajaba por el agua  
 un guante, al que yo de presto  
 lo saqué de la corriente,  
 y sacudiéndole veo  
 que estaba todo bordado  
 de hebras de oro fino y terso,  
 y unas letras que decían:  
 «soy de la hija de Venus.»  
 Confuso quedé al mirarle;  
 y discurriendo que el dueño  
 mas arriba quedaria,  
 y que era mujer de cierto,  
 sigo la fresca corriente,  
 donde á pocos pasos veo,  
 que entretenida una dama  
 estaba con un pañuelo  
 mojándolo en la corriente.  
 Helado quedé y suspenso  
 al ver tan rara belleza  
 sola en aquellos desiertos.  
 Ocúltéme entre unas ramas,  
 cuando vide por lo menos  
 que era una dama de prendas,  
 y al medio ceñir el cuerpo  
 tenia una mantellina  
 de muy rico terciopelo,  
 y un tapapies de damasco,  
 y de plumaje un sombrero.  
 Levantose en pié la dama,  
 dió una vuelta y echó de menos  
 el guante que ella tenia:  
 siguió la margen de presto,  
 y llegando junto á mi,  
 yo salgo de entre lo espeso;  
 helada quedó de verme,  
 y dice: válgame el cielo!  
 si acaso habrá quien me ampare!  
 hagalo usted, caballero.

Yo la dije: hermosa dama,  
 encanto de estos desiertos,  
 pasmo de estas soledades  
 y de estas selvas lucero,  
 qué haces sola en este sitio?  
 y me dijo: caballero,  
 siéntate y te contaré  
 mi tragedia en breve tiempo,  
 porque estás en gran peligro.  
 Y te digo lo primero  
 como en Córdoba nací,  
 y es mi padre un caballero  
 tan noble, pues posee  
 la encomienda de Carrero.  
 Tiene mi padre una quinta  
 cuatro leguas poco menos  
 de Córdoba, en unos montes,  
 y situada en lo espeso  
 de la gran Siera-Morena,  
 que este es mi comun paseo.  
 Saliendo, pues, una tarde  
 alegres á tomar el fresco,  
 y llevando dos criados  
 llegamos en breve tiempo  
 no muy lejos de la quinta,  
 cuando de repente vemos  
 que estaba junto á nosotros  
 un fiero animal sangriento,  
 un Oso, cuya bravura  
 causaba temor el verlo.  
 Los tres caimos en tierra,  
 y cuando volvi en mi acuerdo  
 me hallé en estas espesuras  
 sin que tuviese remedio,  
 y para que me alimente  
 me trae liquidos tersos,  
 panales de miel y cera,  
 y con ellos me sustentó.  
 Esto es lo que me sucede;  
 y ahora por Dios te ruego  
 que te apartes del peligro,  
 porque si viene el sangriento

!bruto y conmigo te halla,  
 te dará la muerte luego;  
 vé á casa de mis padres,  
 di el referido suceso.  
 Yo la dije: hermosa dama,  
 ¿qué bruto ni qué soberbio  
 animal será bastante  
 á librarse del incendio  
 ó rayo de mi escopeta?  
 Y así si quieres que luego  
 te saque de este peligro,  
 levanta, no tengas miedo.  
 Tomándola por la mano  
 siguió la margen de presto,  
 y al cabo de poco rato  
 vino el Oso, la echó de menos,  
 y rastreando las huellas  
 siguió el monte como un trueno,  
 nos divisó y dió un bufido  
 tan grande, que te prometo  
 que se estremeció la tierra.  
 La dama en este tiempo  
 se quedó toda turbada,  
 y el irracional sangriento,  
 para quitarnos las vidas  
 se fué acercando soberbio,  
 encrespando la quijada.  
 Yo asestándole de presto  
 dándole licencia el muelle,  
 despidió el cañon soberbio  
 cinco saetas de plomo,  
 que al animal en el pecho,  
 sin reparar su fiereza,  
 le abrieron cinco agujeros,  
 que por el menor la muerte  
 cupo anchurosa á entrar dentro;  
 dió un bufido y al instante  
 midió con su cuerpo el suelo.  
 Y volviendo en sí la dama  
 me echó los brazos al cuello;  
 bizarro jóven, decia,  
 el ser tu esposa prometo

en pago de esta fineza,  
 y la respondi: lo acepto,  
 nos dimos palabra y mano  
 de esposos, y prosiguiendo  
 me dice: toma esta cinta,  
 que días ha que la tengo  
 para el que fuere mi esposo,  
 y si no quieres creerlo  
 ella dirá la verdad,  
 y quedarás satisfecho;  
 y el guante que mio tienes,  
 guárdalo que en algun tiempo  
 podrá ser de que te sirva.  
 Quédate en paz, dulce dueño,  
 y mira que no me olvides,  
 que á la cuarta noche espero  
 en mi quinta en una reja  
 que tiene unos maceteros  
 de fragantes azucenas:  
 no hagas falta, porque espero.  
 Y á breve rato en el monte  
 vimos venir con estruendo  
 nueve hombres de acaballo;  
 y la dama conociendo  
 á su padre y dos hermanos,  
 y otros dos de acompañamiento  
 que la venian buscando,  
 me dijo: querido dueño,  
 conviene ahora te apartes,  
 porque al primer movimiento  
 han de quitarte la vida,  
 y no conviene que á ellos  
 hagas frente en este sitio.  
 Ocultéme entre lo espeso  
 sin ser visto de ninguno,  
 llegaron en breve tiempo  
 los que vienen á caballo;  
 con alegría y contento  
 llegaron y la abrazaron,  
 y de aquel sitio se fueron.  
 Yo me quedé en la espesura  
 confuso, triste y suspenso;

saqué la cinta de seda,  
 desdobléla y un lebrero  
 hallé en ella que decía:  
 «El que de esta fuere dueño,  
 también será de Rosaura  
 esposo, queriendo el cielo.»  
 Quedé alegre con la cinta,  
 y breve á mi casa vuelvo,  
 y montando en un caballo  
 una tarde cuando Febo  
 quería ocultar sus luces,  
 vuelvo á buscar á mi dueño.  
 Dile, pues, vista á la quinta,  
 y allí estuve encubierto  
 hasta que la triste noche  
 tendiera su manto negro.  
 A un árbol até un caballo,  
 porque no anduviera inquieto,  
 le eché porcion de cebada  
 en la capa, y con secreto  
 paseé toda la quinta,  
 llegué al referido puesto  
 del balcón; hice una seña,  
 y la dama con anhelo  
 salió al balcón y me dijo:  
 amante y querido dueño,  
 conviene de que esta noche  
 me saques, porque sé cierto  
 que mi padre ya me tiene  
 prometida á un caballero  
 de Madrid, esto no dudes.  
 Pero fortuna ¡oh qué presto  
 me trasformaste en tu rueda,  
 pues un criado á este tiempo.

me ha visto hablar con Rosaura!  
 Entró dentro como un trueno  
 dándole cuenta á su padre;  
 al punto se previnieron  
 los que estaban en la quinta.  
 Yo que ignoraba el suceso,  
 me dispararon dos tiros,  
 pero dieron en el suelo  
 las balas, y yo animoso  
 me puse con todos ellos;  
 disparo tres carabinas,  
 hiriendo á dos hermanos  
 de la dama, y conociendo  
 que era cosa imposible  
 en el referido empeño  
 poder sacar á Rosaura,  
 me escapé de todos ellos.  
 Fui donde estaba el caballo,  
 monté en él, y como un trueno  
 á Córdoba di la vuelta;  
 pero como estaba ardiendo  
 en amores de Rosaura,  
 en vivas llamas mi pecho  
 quise volver á buscarla,  
 y de cierto me digeron  
 como su padre agraviado  
 del referido suceso,  
 una noche la sacó,  
 no se sabe dónde fueron.  
 Del modo que yo quedé,  
 considérelo el discreto,  
 que en otra segunda parte  
 daré fin á este suceso.





## SEGUNDA PARTE,

*en que se prosiguen los sucesos de Rosaura y D. Antonio de Narvaez: dase cuenta de varios lances, como fingió una carta para Madrid y como se la trajo á Córdoba, donde se desposaron.*

**Y**a dije en la primera parte como quedé tan absorto en Córdoba y sin saber de Rosaura en algún modo. No puedo adquirir noticias, sagaz, astuto y mañoso solicité la amistad muy estrecha con un mozo de la casa de Rosaura, y éste me dijo como á Madrid se la llevaron. Aquí quedé mas absorto por saber de que su padre

la prometió afectuoso en Madrid á un caballero; á buscarla me dispongo, y un amigo me prestó doscientos pesos en oro; y disponiendo mi viaje, al punto el camino tomo. Salgo de Córdoba, entro en aquel espeso tóldo de la gran Sierra-Morena, aquel pirámide blanco, aquella torre de ramas; aquel paraíso hermoso!

de fragantes azucenas,  
 busco á Rosaura entre troncos,  
 loco y sin sentido digo:  
 montes, aves, fieras, monstruos,  
 aves que volais, decidme  
 con vuestros picos sonoros:  
 ¿pasó por aquí Rosaura?  
 no me lo negueis piadosos,  
 no hallo á mi pena consuelo,  
 breve la jornada corro.  
 Entré en Madrid una tarde;  
 aquí quedé mas absorto  
 por mirar en este sitio  
 gentíos tan numerosos,  
 porque buscar á Rosaura  
 en sitio tan montuoso,  
 era buscar una aguja  
 en este sagrado golfo.

En fin, pasé á una posada,  
 tomo un cuarto y me acomodo,  
 di principio á mis intentos  
 escudriñándolo todo,  
 los balcones de palacio  
 registro muy cuidadoso,  
 que como Rosaura era  
 encanto tan prodigioso,  
 me pareció que en palacio  
 depositarla era poco.

En Madrid gasté diez meses  
 de este referido modo,  
 sin saber en qué paraje  
 existe la que yo adoro.  
 En fin, pasé á despedirme  
 del lucero prodigioso  
 de Atocha, sagrada Reina,  
 Madre de Dios poderoso:  
 entré en su casa una tarde,  
 y á su sagrado me acojo,  
 la digo: sacra Princesa,  
 Madre de los hombres todos,  
 si conviene que Rosaura  
 sea mi esposa, en vos pongo

hoy todas mis esperanzas,  
 pues que soy vuestro devoto.  
 Esta peticion la hice,  
 salgo del templo lloroso  
 en ocasion que pasaban  
 dos coches, y cuidadoso  
 registro por las vidrieras  
 de uno, donde yo conozco  
 y veo como es Rosaura.  
 Aquí quedé mas absorto;  
 me pareció que soñaba:  
 sigo el coche presuroso,  
 en breve tiempo llegaron  
 á un palacio suntuoso,  
 donde desmontan del coche,  
 se entraron en casa todos.  
 Confuso quedé en la calle,  
 y preguntándole á un mozo  
 que trae las mulas le dije:  
 Caballero, yo lo ignoro,  
 ¿es de Córdoba una dama  
 que entró dentro? Dijo pronto:  
 es verdad lo que usted dice,  
 de Córdoba es, y ha poco  
 que vino aquí esa señora;  
 mi señor es tío propio  
 suyo, y la tiene prometida  
 de casar con un famoso  
 caballero aquí en Madrid.  
 Vertiendo llanto mis ojos  
 fui á mi cuarto discurriendo  
 arbitrios, trazas y modos  
 para que sepa Rosaura  
 que estoy en Madrid, dispongo  
 lo mejor, que fué comprar  
 cuatro cintillos de oro  
 muy ricos, y un cofrecillo  
 pequeño y muy curioso;  
 meti dentro los cintillos,  
 y el guante que en el arroyo  
 perdió Rosaura, y la cinta  
 que tambien me dió á mi propio

cuando la encontré en el monte,  
y resolviéndome á todo,  
en el nombre de su padre  
la escribí de aqueste modo:

«Hija Rosaura, permítame  
hoy los cielos poderosos  
el que estas letras te hallen  
como deseo yo propio,  
tu casa para servirte  
quedamos todos gustosos:

te envío cuatro cintillos  
muy ricos de fino oro,  
y la cinta que me diste  
que te guardara yo propio.

Bien te acordarás, Rosaura,  
el guante que en el arroyo  
perdiste tambien te envío,  
y todo lo lleva un mozo.»

No dije más, y con esto  
cierro la carta, y le pongo  
la llave á mi cofrecillo;  
tomé la calle brioso,

llegué al postigo y tocando  
al instante bajó un mozo  
y le dije: caballero,  
de parte de don Antonio

de Carrero, que reside  
en Córdoba, traigo un poco  
recado aquí á una señora,  
y allá me dijeron como  
residia en esta casa.

Al punto respondió el mozo:  
no se puede ver ni hablar;  
yo le dije importa poco,  
no necesito de verla

ni hablar tampoco, solo  
diga usted á esa señora  
que si mañana á las ocho  
no ha escrito carta, no puedo

llevarla, que me es forzoso  
yo el irme, y en el momento  
respondió: lo diré pronto.

Tomó el cofre y se entró dentro,  
yo me despedí gustoso,  
donde pasé aquella noche  
revolviendo promontorios  
de pensamientos, y el día  
vino con rojos asombros.

Llegué al postigo, y tocando,  
con pasos muy presurosos  
salió Rosaura, y con ella  
salen otros seis ú ocho:

helada quedó de verme,  
salióla el color al rostro,  
y me dijo, caballero,  
¿sois de Córdoba? y respondo:

no señora, pero soy  
de cerca de sus contornos,  
y asisto para servirte  
en el arroyo del Oso.

Dijo Rosaura, ya he visto  
ese sitio montuoso;  
pues diga usted á mi padre  
que no sea perezoso

en ejecutar lo escrito,  
y con disimulo airoso  
me dió Rosaura una carta  
que decia de este modo:

«Aunque en nombre de mi padre  
me escribes con tal rebozo,  
el guante y la cinta dicen  
que eres mi querido esposo.

Supuesto que me has buscado  
tan atento y cuidadoso,  
has de saber, dulce dueño,  
que mi tío cauteloso

me ha tratado casamiento  
con un caballero mozo  
de aquí de Madrid;  
solo eres mi dulce esposo:

para esta noche á las doce  
vendrás, dueño mio,  
solo; en una reja que tiene  
dos palmas estarás pronto

en hacer alguna señal, que ese es mi retiro propio, y una cuerda de diez varas has de traer, que es forzoso bajar desde una azotea; que aunque el paso es peligroso, atropellaré peligros porque tu seas mi esposo. No dijo mas, y con esto señores, quedé tan loco, que no llegué á presumir que era mio tanto gozo. Tocó el reloj á las doce, tomé la calle brioso; llegué al postigo y tocando, con pasos muy presurosos salió Rosaura y me dijo: amante y querido esposo, recibe esta ropa y dame la cuerda; disela pronto. Aseguróla y bajando con un denuedo animoso, recibéndola en mis brazos tomé la calle brioso. El placer que aque]la noche tuve, nótelo el curioso:

**FIN.**

Valladolid: Imprenta de Fernando Santaren. = 1863.

En la misma Imprenta se hallan ademas de una coleccion de mas de 300 títulos de romances y canciones; otra de Historias; otra de Sainetes, y otra de Aleluyas y Estampas pintadas. Libros de Instruccion para las Escuelas; una coleccion de Novenas, y un buen surtido de diferentes libritos pequeños como de Notas, Cartas, Ramillete de la Misa, Ofrecimiento del Rosario, &c., &c.